

Ricardo Arias B., O. Astorga Sanabria, Mario Montoya Castro, José Antonio Jiménez, R. Gil Tristán, Nogi Fernández, Max Acosta, C. Alberto Serrano, Miguel A. Infante, Juan J. Vega Alvarado, H. Odio González, Enrique Blanco, Otoniel Vargas Ch., Zeneida Cordero, V. Trejos H., Everardo Soto M., Celio Romo P., Jorge Ovaes, Frco. J. Bonilla, Enrique Coto Conde, Ramiro Solano, Miguel A. Bugarelli F., Juan Vindas, Anita Caggiano de M., María Isabel Núñez Díaz, Yolanda Caggiano de M., A. Jiménez, Manuel Chamorro M.

Referencias:

Vamos, antes de morir leeré otra vez *Don Quijote*.—Cita de *George Gissing*.

Desde hace tiempo la lectura de la colección de proverbios de Snéguirev es una de mis ocupaciones favoritas, o mejor dicho, uno de mis placeres favoritos.—Cita de *Tolstoi*.

...empezando, como es de justicia, por el testimonio del *Diálogo de las Lenguas*, ese remoto catecismo del idioma: lo más placidamente romano que se haya escrito en español; diálogo tan claro, tan adivino y tan bien autorizado por el tiempo que todo él es hallazgo, sin decir nada de su llaneza ni de aquel su atildamiento siempre incapaz de afectación. Conjetúrase que lo compuso Juan Valdés, un allegado del emperador Carlos V y partidario de Lutero y el libre examen, que, a la verdad, debió ser hombre de incomparable cortesía.—Cita de *Arturo Capdevila*.

Etimologías:

Tomad vuestros diccionarios griego y latino, y buscad la significación de *espíritu*. Es solamente una contracción de la palabra latina que significa *aliento*, y una traducción indistinta de la palabra griega que significa *aire*. La misma palabra se usa escri-

biendo: «El aire sopla donde quiere»; y escribiendo: «Así es todo el que nace del espíritu», esto es, que nace del *aliento*; porque expresa el aliento de Dios, en alma y cuerpo. Tenemos su verdadero sentido en nuestras palabras *inspiración* y *expirar*.—Cita de *Ruskin*:

Veda quiere decir conocimiento; es una palabra de la misma raíz que *ver*, en latín *videre*, en inglés *wit*, y *weiss* en alemán.—Cita de *José Pijoán*.

Nápoles (*Nea-polis* o ciudad nueva).—Ponto-Euxino, que quiere decir *mar propicio*.—Cita de *J. Pijoán*.

Testimonio.—De la historia de Grecia, siglo IX a. de J. C:

El comercio, que fué una consecuencia natural de la emigración, enriqueció a nuevas familias y en cada ciudad se estableció más bien una república aristocrática que una verdadera democracia. Ya veremos más adelante cómo del seno de estas aristocracias surgió el plutócrata millonario, que fué el tirano.—Citas de *José Pijoán*.

La Revista Blanca es un notable quinquenario de ciencia, sociología y arte que ve la luz en Barcelona, España (Administración: Guinardó, 37). Es ya larga la lista de ediciones de la *Revista Blanca*.

Nos acaba de obsequiar con un ejemplar de una de las últimas:

Jesús es un mito, por George Brandes.

No sabemos de otra edición castellana de tan interesante obra. La recomendamos con entusiasmo.

También edita la *Revista Blanca* una serie de cuadernos semanales con el título de LA NOVELA IDEAL. De la que nos ha remitido también los dos últimos cuadernos:

El amor que queda, por V. Márquez Sicilia, y *Nuestra Señora del Paralelo*, por Federica Montseny.

Una lápida para Manuel Briceño

Amigo García Monge:

Una de estas noches, mientras comíamos en singular convivio, con Eugenia Torres, algún amigo, quizá el silencioso Marchena, trajo al grupo la noticia de la muerte de Manuel Briceño.

Yo me conmoví con la cruel noticia y me puse a recordar—a voces, así, a voces!—a Manuel Briceño. Por un gran rato, la sombra de este recuerdo bien amado, presidió la reunión.

Recordamos esa noche que por aquí han pasado, como atendiendo al llamado de una cita profética, Isaías Gamboa, Eduardo Talero, Julio Flores, Darío, Chocano, Santiago Argüello, Restrepo Gómez, Briceño; y cada uno hizo esa noche una referencia a todos estos apolonidas que por los quietos caminos de la patria fueron alzando la perspectiva azul de su canción.

Y seguimos hablando de Manuel Briceño: acá anduvo sin grandes ru-

bros, pero con un porte de gran señor que nunca abandonaba ni en los momentos en que su inconformidad y su hastío le arrancaban a la vida una hora de bohemia. Porte de gran señor gentil, pues que él reproducía la sentencia clásica: Apolo no sólo hacía la belleza sino que él era bello también. Hablaba despacio y vivía despacio: de la palabra y de la vida gustaba como un sibarita gustara de un extraño y enervante licor.

Por acá trabajó en la prensa, en la forma como en nuestra prensa trabajan casi todos los que tienen talento: en posición secundaria, corrigiendo pruebas o poniendo ortografía y sentido en las notas cabalísticas que escriben esos orondos señores a quienes en nuestra jerga cotidiana llamamos reporteros o redactores.

Gran poeta Manuel Briceño! Poeta en la forma en que mi impenitente terquedad sigue considerando al poeta: aquel que, según el sabio decir, vierte

finos licores en copas repujadas. No figuró gran cosa aquí: no anduvo en los cenáculos, no fundó comanditas de autobombos, no tomó por asalto las revistas. Sin embargo, supimos de su excelencia lírica los que a él fuimos empujados en alguna de sus horas de bohemia que quizá coincidió con alguna de la nuestra.

Una noche le escuchamos este soneto que ya quisiera para sí más de uno de estos modernistas que, perdidos en la extravagancia de una caja de pinturas, todavía no han podido, después de cien composiciones, señalar con precisión el color de los ojos de su novia:

Te escribo este soneto desde la enfermería
cuya ventana verde recorta un cielo gris;
redoblan los tambores, está brumoso el día
y un acre olor a drogas flota en torno de mí.

Los cadetes enfermos hablan con alegría
de una reminiscencia dulcemente feliz;
yo recuerdo tu nombre como recordaría
el de un ser que se ha visto poco antes de morir.

El médico me extiende la última receta;
¿sabrá el médico, acaso, cómo influye la dieta
de los enamorados en la parte moral?...

Apenas soy alférez, pero nadie pensara
que ya, por tus ojazos y por tu risa clara,
te quiero como debe querer un Mariscal.

No tengo aquí a mano, y lo lamento de veras, una elegía que dedicara a la gentil señorita Lidia Foster, hoy señora de Steinvorth, honda y bella página que diría en loa de su autor mucho más de lo que yo voy diciendo de manera desgarrada; pero no resisto a la tentación de copiar aquí, para lírico regocijo de los lectores del *Repertorio*, el bellissimo soneto que su mano amiga grabara en el álbum que mi pasión de enamorado forjó para mi novia:

Como la mies madura...

No sé por qué tu cabellera ardiente
me hace pensar en infantiles goces:
me recuerda los trigos...y en tu frente
son tus cejas la curva de las hoces.

Tú que lo acerbo de mi mal conoces
resucitas mis sueños...y en mi mente
hay ese incierto despertar de voces
que provoca en los campos el poniente.

No sé por qué tu cabellera sabe
como un arbusto, detener el ave
de mi espíritu huérfano... y ondea

sobre mi pecho tu cabeza ufana
como la mies madura se desgrana
al cariñoso amparo de la aldea.

Ahora el gran poeta se ha dormido al arrullo del silencio lleno de lirás de su patria. Otros han pedido, para guardianes de sus tumbas, sauces o cipreses; éste se sentirá tranquilo cuando sobre la paz de su camposanto haya «ese incierto despertar de voces que provoca en los campos el poniente».

J. Albertazzi Avendaño

San José, Costa Rica, Set. 1928